

LAS MUJERES EN LA PRODUCCIÓN LITERARIA

*María del Carmen Mauro**



través del devenir histórico y específicamente en el sistema patriarcal, se ha desarrollado la concepción de la mente humana sobre la base de categorías binarias y opuestas, se ha insistido en las asociaciones universales entre mujer = naturaleza por un lado y hombre = cultura por otro lado. Desde esta concepción las mujeres han sido excluidas de la cultura, como no creativas ni participativas en el desarrollo y evolución de la misma.

No obstante, desde su posición de sujeto ausente, las mujeres han estado presentes en la construcción cultural, en todas las áreas, según se ha evidenciado históricamente y mediante muchas investigaciones.

Un campo de estudio sobre el conflicto y dominación en el discurso ha fructificado en los estudios de la segunda mitad del siglo XX, en el sentido de las políticas sexuales, empeñándose en el rescate del silencio oficial, ocupándose de la heterodesignación en que las mujeres han vivido por siglos.

* Profesora del Centro de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica y estudiante ocasional de la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional, Costa Rica.



Debido al trabajo que se realiza continuamente en este sentido, se nos permite mirar la realidad de forma más compleja y dar nombre a multitud de fenómenos que se derivan de estas políticas.

El desarrollo de las teorías feministas ha permitido edificar nociones como la de género (o construcción de la femineidad o de la masculinidad), y a su vez ayuda a documentar y fundamentar los papeles sexuales en todos los ámbitos del sistema cultural. También nos permite clasificar algunos acontecimientos históricos importantes que protagonizan las luchas y trabajos llevados a cabo para el reconocimiento paritario de las mujeres y otros marginados.

Los géneros literarios, vistos tradicionalmente como marcadores puramente estéticos, han sido altamente politizados, en razón de sexo, de raza, de clase y de etnia, a lo largo de la historia de la crítica literaria occidental; un fenómeno que ha tenido enormes implicaciones para la escritura de las mujeres, relegadas por el canon, el cual, cargado de ideología, también actúa como un agente de poder.

Esto deriva en el interés de la crítica a partir de 1975, por centrarse en las obras escritas por mujeres. Ya desde

1971 Elaine Showalter había abogado por ese tipo de estudio como un grupo aparte. Esta visión comenzó a ganar adeptas(os) y en el año 1975 Cheri Brown y Karen Olson elaboran una antología (**Feminist Criticism: Essays on Theory, Poetry and Prose**), enfadadas al comprobar que por lo que la crítica decía sobre la literatura escrita por mujeres ésta no tenía acceso a publicaciones serias y no estaba al alcance de las personas interesadas en ellas. A finales de los años 70, aparecen tres importantes estudios acerca de la literatura escrita por mujeres, entendiéndola como perteneciente a una "subcultura" (**Literary Women** de Ellen Mores, **A Literature of their Own** de Elaine Showalter y **The Madwoman in the Attic** de Sandra Gilbert y Susan Gubar), escritos que hoy son considerados dentro de la crítica literaria feminista, pues para ellas la sociedad y no la biología, es la que conforma la percepción literaria del mundo propio de las mujeres, en donde han sido fijadas en un espejo distorsionante en el trabajo literario de los hombres; lo que conduce a ver a las mujeres desde el marco establecido por los hombres.

Debido a esto Alice Jardín apunta que la lógica del logocentrismo se ha codificado desde lo masculino; la "otra lógica", espacial, de ambigüedad, figuración e indirección, está siempre codificada como femenina, lo que nos conduce a la crítica del falologocentrismo.

La teoría y práctica de la escritura de las mujeres se ha desarrollado en Francia a través de Hélène Cixous y Luce Irigaray, quienes han escrito específicamente sobre la biología femenina y la ideología de la diferencia. La recuperación de la imagen especular de las mujeres es necesaria y Luce Irigaray, desde la perspectiva psicoanalítica usa la imagen especular como un instrumento ginecológico que trata tanto de penetrar la interioridad femenina en su reflejo, como de convertirlo en un auxiliar para la deconstrucción de la filosofía occidental que viene desde Platón.

El reemplazo de la singularidad por la alteridad es otra de las vías para el feminismo como un modo de resistencia a la deificación y al esencialismo; permite,

además, la experimentación de una forma más radical en la autobiografía atribuida a las mujeres. La autobiografía (género literario), desde este punto de vista permite un retrato propio que puede ir más allá de los datos autobiografiados, rompiendo así la tradición autobiográfica: es poner parte de una subjetividad, como ámbito simbólico, a hablar con voz propia. Es la elaboración de políticas "domésticas" mientras juega con la ambigüedad textual: es el reto de la inscripción de una femineidad y de la mismidad autobiográfica representativa.

Los trabajos realizados en el campo de la literatura tienen como proyecto intentar leer lo reprimido, deformado o disfrazado, los mensajes que las mujeres escritoras han escrito en clave. Los textos escritos por mujeres requieren de una lectura estratégica, que vaya más allá de las aparentes intenciones o la superficialidad del significado, una lectura que tome ventaja de la capacidad de la escritura para preservar lo que algún día será descifrado en su totalidad.

La escritura masculina de las autoridades occidentales siempre contendrá la escritura enmascarada, de la denigración o idealización, no sólo de las mujeres sino también de los otros, los subalternos y marginados, de los cuales las mujeres han empezado a descifrar sus condiciones y a asumir su posición recíprocamente.

La escritura de las mujeres es un intento por encontrar algún margen dentro de la cultura masculina y su paso hacia la liberación de ella, según Breiting.

La historia de una tradición literaria de las mujeres se puede describir como una liberación de la escritura, paso a paso, desde la perspectiva masculina hasta la escritura y un lenguaje auténticos de las mujeres.

Fundada en una tradición de excepciones de la sensibilidad, es indudable que muchas autoras del siglo XX revisten su escritura de cambios a la luz de las transformaciones que han ocurrido en la situación de la mujer y al manejo del lenguaje para construir su obra, pues han

tratado siempre de encontrar su propio nicho cultural, en el que desarrollan su propia manera de hablar, de expresarse, de escribir aunque su autonomía total haya estado y esté llena de obstáculos, asunto que las convierte en "mujeres de frontera" con todas sus ambivalencias y contradicciones, dentro del sistema jerárquico cultural.

Muchos textos contemporáneos escritos por mujeres iluminan, a veces con un gran esfuerzo percibido en el texto, su experiencia como mujeres y gracias a esto consiguen un ventajoso punto de vista, lo cual contiene una gran importancia histórica implícita, que podemos traducir en términos de liberación del pasado de fingimientos, enmascaramientos y conformidades.

La identidad del sujeto (masculina por definición), se basa en la economía del ser sobre la cual se construye el pensamiento patriarcal occidental; esto significa que lo femenino, no posee un canal propio de expresión. La expulsión, la exclusión del imaginario femenino, coloca a la mujer en una posición en la cual sólo puede experimentarse de manera fragmentaria, en el estrecho margen dejado por la ideología dominante como deshecho o exceso, es decir, lo que sobra de un espejo constituido por lo masculino para reflejarse a sí mismo, según Irigaray.

Sin embargo, esta posición marginal permite a las mujeres dismantelar las representaciones que están en la base de la constitución de las identidades de géneros, porque ellas son precisamente lo que es dejado fuera del orden falocrático en el cual ingresa sólo como el otro de lo uno/mismo = masculino, debido a que el lenguaje mismo solo permite lo femenino como una categoría especial: lo ignora o lo confunde bajo lo masculino que, no obstante, se presenta como sexualmente neutral.

Pero, el lenguaje es el medio que contiene la subjetividad de las mujeres, su identidad: su discurso forma parte de la historia.

Existen un punto de vista y una forma discursiva, asociados a la mujer o al hombre, resultado de las

condiciones sociales. Debido a esto las mujeres despliegan en sus textos una determinada conciencia sobre asuntos, papeles y preocupaciones sociales, en los que se involucran de tal manera, que una de las formas de análisis acertada es la que se da desde la perspectiva femenina. Difícilmente un hombre podría adentrarse con exactitud en su escritura, pues las vivencias femeninas sobre maternidad, la sexualidad, el silencio y otros tantos temas, no podría percibirlos y conocerlos de igual forma.

La marginalización de las mujeres les permite dismantelar la diferencia binaria e incursionar en el mundo de las ideas para trazar fronteras que abran perspectivas de pensamiento y permitan ver los problemas de otra manera.

En Latinoamérica y aún más en Centroamérica, las escritoras deben acudir a tretas estructurales y del discurso en los relatos, para ser aceptadas, leídas y criticadas por las instituciones literarias, sólo basta dirigir una mirada a la historiografía literaria del istmo, donde se mantienen las exclusiones a las mujeres escritoras, ya sea omitiendo su literatura o relegando su inteligencia a la subjetividad sentimentaloides. Generalmente se encuentran pequeños comentarios o únicamente la anotación de sus nombres; algunos críticos privilegian la poesía como arte inherente de las mujeres y restan importancia a su narrativa.

Entre los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del siglo XX, la escritura femenina atraviesa varias transformaciones, pasando del grito al murmullo y de la protesta airada a la expresión un tanto más natural al lado de los derechos ciudadanos. Virginia Woolf en 1929 señalaba que la era de las autobiografías había pasado y que al fin las mujeres podrían concebir la escritura como arte. Más adelante Kristeva recomienda la "purgación de todas las reminiscencias" para llegar a la madurez creadora.

Sin embargo, la dirección de la escritura femenina se amolda a la estructura de la sociedad. Elaine Showalter propone una clasificación en tres etapas, en su estudio sobre la novela inglesa del siglo XIX:

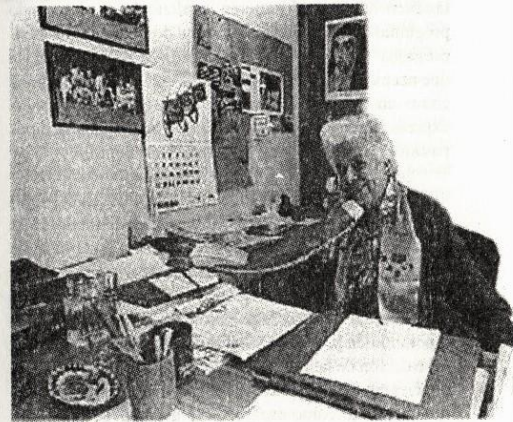
- 1) Feminista: se adapta a la tradición y acepta el papel de la mujer tal como existe.
- 2) Feminista: rebelde y polémica.
- 3) De mujer: se concentra en el autodescubrimiento.

Pero, esta división no podría aplicarse al desarrollo de la literatura de todos los países.

Bastantes escritoras, algunas jóvenes, confiesan haber tenido reservas acerca de las reacciones del público, lo que incidió durante mucho tiempo en su decisión por escribir.

Esto de alguna manera explica el fenómeno de que algunas de ellas hayan escrito primeramente en forma autobiográfica, pero con un protagonista masculino, creando distancia entre ellas y su personaje.

Otra forma de creación consiste en establecer un marco con la voz narrativa en primera persona para luego desviar el interés hacia otro personaje, que no habla. Otras narran en primera persona cuando en realidad son autobiográficas.



Su razón se encuentra en relación directa con la crítica institucional y social, ejemplos sobran, por los que citaré unos pocos: Benet, asimila las premisas libidinales de Freud y anota que "las mejores escritoras eran también amantes más sabias"; Moers sugiere una relación entre la excelente madre y su escasa creatividad, en observación de las escritoras vírgenes y solteras del siglo XIX; otras(os) aseguran que la insistencia en una escritura diferente es de lesbianas y en Latinoamérica, según Peri-Rossi hasta hace muy poco tiempo, las mujeres que se atrevían a defender su posición como escritoras eran prostitutas, ateas o comunistas.

Tanto en Latinoamérica como en Centroamérica aún hoy, existe una persistencia en la búsqueda de la palabra y la voz, aunque su situación y lugar social hayan mejorado.

En el siglo XIX, las mujeres debían probar que sabían escribir, en el siglo XX deben probar su creatividad, su autonomía y su relación consigo mismas, aunque ésta siga siendo indefinida y su cuestionamiento continúe.

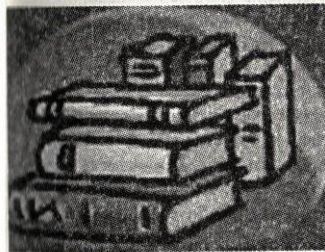
Interesa entonces, no sólo contar y contarse, sino también hablar con mujeres, analizándose, planteando preguntas y descubriendo aspectos desconocidos e inexplorados. Es un constante esfuerzo de concientización que necesita un lenguaje adecuado. Así lo que se propone como un discurso "liberado", cumple dos propósitos: expresa la reacción a la represión social de los tiempos pasados y conduce hacia el autoconocimiento.

De esta manera se renuncia al lenguaje, a las normas de composición forjadas por los hombres, se introduce un léxico diferente y se modifica el uso de la sintaxis, para transmitir modos de percepción femenina, según los estudios de Ciplisjauskaité. Agregó la percepción del tiempo de manera diferente, sin linealidad, dirigida hacia la repetición cíclica, la vivencia subjetiva, los silencios, la destrucción de la imagen del yo desde el otro, examen de conciencia desde dentro de sí, para reconstruir los fragmentos, texto como espejo vacío que recoge la imagen

que va descubriendo, porque en la mujer la palabra es una extensión de ella misma, la cual produce una escritura más inmediata.

Entonces para la mujer actual, escribir es igual a crearse. En contraposición a la tradición, Penélope desteje en su diálogo interior, aún con la angustia a cuestas. Transmiten la historia desde una perspectiva subjetiva, filtrada por una conciencia individual que se transforma en colectiva.

No obstante, existe gran dificultad para precisar el estilo femenino sin llegar a una catalogización del mismo,



lo que nos haría caer en lo mismo que pretendemos rechazar, el logocentrismo; como dice Derrida, la lógica de la escritura es una doble lógica: la escritura está llamada a ser el remedio de la diferencia, pero al mismo tiempo, ésta es en mucho el remedio por el cual será buscada, por

lo que surge un desplazamiento y emerge un replanteamiento que debe ser mesurado.

En el proceso cultural de todos los pueblos latinoamericanos, hemos observado un desfase producido entre la construcción de la historia y el imaginario, ambigüedad dada por la ideología de la diferencia, tanto del sistema patriarcal occidental, impuesto por los colonizadores españoles como por la cosmovisión indígena.

Filiaciones, genealogías e identidades mítico-históricas dan sentido a un mundo construido desde sus orígenes. Migraciones y asentamientos, conquistas guerreras, colonialismo, mestizaje, independencia truncada y autonomías fallidas, han dado lugar a las naciones, los pueblos y las culturas que nos cobijan.

Las escritoras latinoamericanas tienen esas huellas y mucho más que las marcan de sincretismo, de entrecruce de pueblos y variadas formas de dominación. Esto define modos de vida, existencias y formas distintas de ser mujer. Esa diversidad social, política, económica y cultural, las constituye en una unidad en la diversidad, en igual forma que se constituyen los Estados latinoamericanos.

En los textos escritos por mujeres confirmamos que es definitiva la incisión de estas escritoras en la cotidianidad del sistema patriarcal. Para mostrarlo, desde su marginalidad como mujeres, se atreven valientemente a transgredir los límites permitidos por cánones, para deconstruir todo un sistema social eminente jerárquico-sexuado, abren así una brecha de verdades en la literatura latinoamericana, transformando su dimensión en un campo de resistencia productiva.

Identificar las características que perfilan los modelos culturales de los países latinoamericanos a través de la literatura escrita por mujeres es en realidad entender el discurso como recuento de la historia, pues es un hecho que las condiciones históricas-sociales influyen y definen la producción literaria y evidencian a la vez, aspectos particulares e importantes del desarrollo de la sociedad.

De esta manera los textos escritos por mujeres obedecen a representaciones político-sociales que no son acontecimientos aislados, sino la búsqueda de una identidad, con lo cual puede delimitarse algunos rasgos particulares de cada nación, en el tanto que siempre han existido y existirán espacios de resistencia en la lucha cuerpo a cuerpo de las revoluciones, en la vida cotidiana o en la literatura.

En su gran mayoría los textos latinoamericanos escritos por mujeres, nos obligan a reconsiderar la creatividad del individuo relacionada con la dinámica: Familia-Iglesia-Estado, pues dichos textos desafían las relaciones entre ellos explotando contradicciones involucradas en esa unidad y nos llevan al descubrimiento entre lo oculto y lo neutral.

Las autoras inmersas en el "ya no", lo virtuoso y lo agradable y el "todavía no", lo liberado y auténtico o lo que es lo mismo, su condición de "mujeres frontera", es-



tado de la gran mayoría de las mujeres del siglo XX, utilizan el recurso de diferentes tipos de narradores como la voz canónica que las legitima a ellas mismas, a su escritura y a sus personajes.

Hacer del análisis literario un discurso del contenido y hacer de la conciencia humana el sujeto originario de todo devenir y de toda práctica es un sistema de pensamiento en el que el tiempo se concibe renovado y en el que las revoluciones, las rupturas sociales, la escritura de las mujeres y las alternativas son una toma de conciencia.

Desde este punto de vista, nuestro criterio señala que la literatura escrita por mujeres es una necesidad política urgente, una estrategia de lucha que deja de lado el internamiento de la disidencia y construye su propio locus retórico mediante la deconstrucción del logos masculino.

BIBLIOGRAFÍA

- Ciplijauskaitė, Birutė. *La novela contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*. España: Editorial Anthropos, 1988.
- Lagarde, Marcela. *Una mirada feminista en el umbral del milenio*. Heredia: Instituto de Estudios de la Mujer (IEM), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional, 1999.
- Lagos, María Inés. *En Tono Mayor: Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica*. Chile: Editorial Cuarto Propio, 1996.